

Probabilidad y posibilidad: el juego del existir

Me siento como debe sentirse un peón sobre el tablero de ajedrez cuando el contrario dice de él: este peón no puede moverse.

SÖREN KIERKEGAARD

“*F*

órjate a ti mismo”. Esta pequeña premisa, que debería regir nuestra forma de ser, puede ser deducida del adagio que el oráculo de Delfos le dio a Sócrates: “Conócete a ti mismo”. La insistencia en el formarse uno mismo como ser singular e individual nos parece chocante y desesperante, pero nunca nos preguntamos si realizamos nuestras posibilidades o somos conforme a las probabilidades impuestas por la sociedad.

Pretendemos ser nosotros mismos, basándonos en lo que dicen los demás. Nos creemos seres individuales, únicos e irrepetibles, inadie como nosotros! Pero no nos damos cuenta que caemos en el juego planteado: somos, llegamos a ser algo, pero dependiendo de lo que la sociedad quiera que seamos, de la probabilidad dada y no la elegida por nosotros. Al formarnos como seres individuales debemos buscar un punto más alto, debemos constituirnos como seres individuales singulares.¹

PROBABILIDAD Y POSIBILIDAD: DOS COSAS DIFERENTES

En muchas ocasiones nos hemos encontrado con expresiones alusivas a la probabilidad: “es probable que me saque la lotería”, “es probable que hoy

pueda conocer a alguien especial”, “es muy probable...” pero nunca nos detenemos a pensar que al decir “es probable” estamos limitando nuestra existencia a un número determinado de opciones que pueden, o no, darse. Estas opciones, querámoslo o no, están marcadas antes de decidir tomar alguna. Por ejemplo, en un juego con dos dados hay 36 opciones ya establecidas antes de iniciar a jugar, de las cuales únicamente se puede obtener una y sólo una. Desde esta perspectiva, la probabilidad en nuestra existencia limita mucho lo que podemos hacer; si queremos alcanzar una determinada meta, las probabilidades se despliegan, ante nosotros, como un abanico, pero entre esas probabilidades, dadas de antemano, es posible no encontrar aquella meta pretendida, aquello que queremos hacer de nuestra existencia.² ¿Dejaremos que nuestra existencia se vea marcada por la probabilidad?

De ser así, lo cual pasa actualmente, nos encontraríamos jugando en un tablero gigante y nuestra probabilidad de ser quien verdaderamente somos sería ninguna y, para empeorarlo, acataríamos lo que se nos dicta hacer. Nuestra existencia se encuentra sujeta a las normas establecidas en nuestra sociedad, es decir, por condiciones para desarrollarnos, no de acuerdo con nuestras necesidades sino a las necesidades de la sociedad y lo que ésta quiere que seamos. No existe salida alguna: estamos encarcelados.

La probabilidad de que un joven en edad productiva encuentre trabajo en una fábrica: 250 de 5000 aspirantes. Las probabilidades de que un joven entre a estudiar Medicina: 500 de 3000. Las probabilidades de que una joven ingrese a estudiar Derecho en una universidad con

cierto prestigio: 200 de 5000.³ La sociedad crea sus necesidades y se ve obligada a producir quien satisfaga las mismas, suprimiendo la existencia de quien quiere llegar a ser *sí mismo*; no permite al hombre desarrollarse como quisiera. Se ha sacrificado al ser individual singular en nombre de algo abstracto llamado sociedad.

Actualmente, los individuos singulares no le sirven a la sociedad, al contrario, le estorban, pues son las personas que se desarrollan a sí mismos y emiten críticas. Éstas son las que incomodan a todo el aparato, pues la sociedad no percibe los errores cometidos en contra de los individuos con potencial para ser algo más de lo permitido por ésta, pueden ser más que las probabilidades marcadas en ellos.

La probabilidad es un estudio de caso que puede o no ocurrir, basado en datos, en circunstancias y en pocas variables. En la probabilidad hay, al menos, una certeza. Al jugar, tenemos la seguridad de obtener algo de entre todas las probabilidades. Esta certeza nos ha hecho conformarnos con lo que se nos da, pues lo tenemos seguro, nadie puede quitárnoslo, además no es necesario trabajar para obtenerlo, la sociedad lo brinda siempre y cuando se obedezcan los mandatos impuestos, no se reclame nunca de lo que tenemos y no se critique a quien nos proporciona lo seguro.

Podría decirse que la vida está asegurada, pues al pertenecer a la sociedad, ésta se ve obligada a

1 El individuo es el ser que se aleja de la sociedad, marca sus límites con los otros, se podría decir que el individuo es cualquier persona capaz de marcar límites, al actuar pretende hacerlo por sí mismo y no dejar que los demás se inmiscuyan en sus asuntos, pero a la hora de equivocarse al tomar una decisión, este individuo vuelve y se refugia con los otros, busca quién ha sido el culpable de su error, siendo él mismo el culpable, y no quiere aceptar sus responsabilidades.

En cambio, el individuo singular, es aquel que marca sus límites con respecto a los demás, toma decisiones sin que otros intervengan en ello, pero al errar, aquí está la diferencia, no se esconde donde están los otros, acepta que él ha sido quien ha actuado de esa forma y afronta las responsabilidades que le ha dado esa elección, es responsable ante él, ante los otros y ante Dios.

2 El gran debate con el existencialismo es que no se da una definición clara de lo que es la “existencia”. ¿Cómo determinar aquello que, de por sí, es indeterminable? Entonces ¿cómo podemos entender este término? En este texto manejaremos el término existencia como un proceso temporal, en el que el individuo singular va construyendo su propia subjetividad. Este proceso exige el ejercicio de la libertad, el salto, a la manera kierkegaardiana, que enseña a su vez pasión (Cfr. Carlos Goñi Zubieta, *El valor eterno del tiempo: Introducción a Kierkegaard*, PPU, Barcelona, 1996).

3 Las cifras dadas en este texto no son verdaderas, son dadas sólo para ejemplificar el texto.

satisfacer cierto tipo de necesidades básicas que nos permiten, al menos, sobrellevar la vida. Otra cosa asegurada es el trabajo, donde las personas pasan veinticinco años de su vida aunque, en muchas ocasiones, lo desprecian por no ser lo que querían; se aburren por la imposibilidad para conseguir otro trabajo de su agrado; si buscan otro medio de vida pueden perder la seguridad económica, hasta ese momento conseguida. Después, al cumplir con el periodo de trabajo (los veinticinco aburridos años), se entra a otro periodo de aburrimiento: la jubilación. En ella ya no se sabe qué hacer con la vida.

También, el matrimonio y la familia se encuentran asegurados si se vive en sociedad, aunque no son para siempre, pues al vivir en ésta los seres humanos se ven obligados a establecer relaciones entre sí, de las cuales puede surgir algo más como una pareja e hijos. Pero si queremos trascender de la condición en la que nos mantiene la sociedad, corremos el riesgo hasta de perder la vida.

Por otra parte, en la posibilidad las certezas se desvanecen; no hay nada asegurado y tenemos que arriesgar todo para ganarnos a nosotros mismos. Nuestra existencia no puede ser reducida al estudio de la probabilidad, pues se encuentra marcada por la no-determinación de cada ser humano, es decir, no puede ser manejada como un juego de azar donde las probabilidades de ganar, de ser uno mismo, se encuentran limitadas por agentes exteriores, donde se tiene certeza. Nuestra existencia debe estar marcada por las decisiones tomadas por cada uno de nosotros y no por las impuestas. Al aceptar que otros lleven en sus manos la existencia de

uno, se pierde el sentido, se vuelve absurdo vivir, pues es una vida no escogida; el individuo singular se ve obligado a hacerse responsable de acciones que a él no le incumben. De ahí la diferencia entre la probabilidad y la posibilidad.

Cuando tomamos en cuenta las verdaderas posibilidades de cada uno para ser lo que verdaderamente es, nuestra existencia cambia. No nos limitamos a cumplir con los parámetros marcados por la sociedad, pues nosotros mismos los colocamos según como nos queramos mover. Nosotros marcamos nuestros objetivos, los cuales se pretenden alcanzar para después buscar nuevos, sin dejar de disfrutar la existencia y el camino que recorremos.

Cuando un individuo singular existe, disfruta cada instante de la vida, pero cuando comete una acción no muy bien vista por los demás, no se oculta, no se hace pequeño, al contrario, se autoproclama culpable, acepta su modo de actuar y todas las responsabilidades derivadas de esa acción. Cada individuo singular, por el hecho de haber elegido, se ve en la posición de aceptar sus responsabilidades y, de esa forma, abre nuevos senderos para una nueva elección y una nueva responsabilidad.

En la probabilidad, obtenemos los objetivos marcados por la sociedad, las certezas que nos dan. Al conseguirlos, se nos dan nuevos designios y después de alcanzarlos morimos. ¿Disfrutamos al lograrlos? No; se nos va la vida tratando de cumplir mandatos y dejamos para otro momento, quizás para nunca, lo verdaderamente



Fernando Óscar Martín.

importante: nosotros mismos. Al regirnos por nuestras posibilidades disfrutamos el camino, quizás no alcancemos meta alguna, pero lo importante es aprender en el camino; si caemos hay que levantarnos, insistir en lo que queremos lograr. Llegamos a nuestros objetivos, andamos nuevos caminos y, al morir, lo hacemos satisfechos de haber existido realmente.



JUGAMOS A EXISTIR

Como el representante popular juega a la democracia, con cinco votos a favor, cuatro en contra y ocho abstenciones, diciendo que hace caso a la voz de la mayoría; como el cristiano juega a ser buen cristiano dentro de la cristiandad y cumple todos los mandamientos de Dios, sin faltar a la iglesia cada domingo, aunque después de misa empiece a maldecir a sus vecinos. Así como esos casos parecen ridículos, pues son juegos que no tienen sentido alguno sino para quien juega, así de ridícula es la forma de existir presentada actualmente: jugamos a existir.

Como en todo juego, con reglas y un espacio determinado para desenvolverse, fuera del cual no tiene sentido jugar ni aplicar reglas, así sucede con la existencia que se nos da. En el juego lo importante es ganar, venciendo al adversario o sacando las puntuaciones más altas, se persigue un único objetivo. Hoy se plantea que para ser los mejores es necesario pasar sobre todos aquellos con la misma aspiración a determinada meta, este es el objetivo, vivimos para alcanzarlo y no hay otra cosa que pueda interesarnos más.

¿Quién ha decidido que ese objetivo sea también nuestro? Este comportamiento podría justificarse por las relaciones que nos han inculcado practicar. Siempre se nos compara entre personas, ¿quién es el mejor: él o tú?, siempre escuchamos a las personas decir que les hubiese gustado ser como otros y no como ellos son, de este modo, reniegan de su vida para estar en los peldaños más altos del éxito, sin importar sobre quién se tenga que

pasar. Se deslindan de responsabilidades, pues así es como se les ha enseñado a actuar y a comportarse en sociedad.

La sociedad nos determina. El espacio que ésta nos marca no puede ser superado, las reglas no pueden ser rotas por nadie. No se pueden mezclar las fichas de un juego de ajedrez con el de damas chinas. Se existe conforme a como se nos ha mandado existir. ¿A eso se le puede llamar existir? No. Si esta existencia planteada es verdadera no puede haber reglas que la condicionen. En nuestra existencia, la libertad y la voluntad convergen para formar al individuo singular, para hacer que éste se desarrolle como ser humano.

Para no ser objeto de críticas y señalamientos cumplimos con todo lo que se nos dice, tratamos de hacer todo bien, sin cuestionar nada idemoniaca forma de ser!... Sacrificamos todas nuestras posibilidades en nombre de algo abstracto llamado sociedad. Nos dejamos influenciar por el “*¿qué dirán los demás de mí?*”, y sacrificamos nuestra libertad para cumplir con la regla. El juego de existir consiste en no romper con las reglas impuestas por la sociedad, el objetivo es hacerla caminar hacia un progreso material y económico pero decreciendo en humanidad.

La existencia individual se ha planteado en función del progreso de la sociedad. El individuo puede compararse a un ladrillo o una tuerca. El individuo es un ladrillo pegado para formar un muro; en algún momento, el individuo puede estar en lo más alto del muro y sentirse triunfador, pero cuando ese nivel ya no le es suficiente a la sociedad, ésta coloca una nueva tanda de ladrillos que lo relegan a un lugar más bajo. El individuo es una tuerca o un tornillo de una gran máquina, de un gran mecanismo llamado sociedad. En los mejores años de su vida es ocupado para todo, se le exprime hasta dejarlo inservible y cuando esto pasa, se le sustituye. La sociedad coloca en su lugar otra tuerca o un tornillo nuevo. Por eso, mientras el individuo funcione correctamente, al ritmo de la máquina, al ritmo de la sociedad, tendrá alguna importancia, pues hace funcionar al sistema, cuando ya no les sirva se desharán de él sin importar lo que pueda pasar.

Jugamos a ser seres humanos, sin dejar de ser borregos que siguen a su pastor hacia los campos más verdes para alimentarse, engordar y, después, ser sacrificados. Aún somos esclavos por voluntad propia. Nos da flojera tanto pensar como actuar, preferimos seguir el parámetro dado: no romper con las reglas para que todo camine de maravilla. Permanecer como la tuerca o el tornillo que haga funcionar a la máquina es un juego sin sentido, como cuando jugamos *poker* sabiendo que nuestro adversario tiene en su mano las cartas para hacer un *full*.

Jugamos a ser hombres y no pasamos de ser marionetas de alguien más. Nuestras probabilidades de actuar son: levantar la pierna izquierda o la derecha, levantar el brazo derecho o el izquierdo y, por último, hacer una reverencia, a modo de agradecimiento, al público que mira, juzga, y nos maneja con su gran habilidad. Jugamos a existir y siempre salimos perdiendo.

Para existir verdaderamente debemos tener en cuenta que no hay un manual donde diga “Logré la verdadera existencia en cinco pasos” o una receta que diga cómo “preparar la verdadera existencia”. Para existir es preciso dar un salto, a la manera kierkegaardiana, de nuestro modo de vivir a un nuevo modo de existir, donde las cadenas de la crítica y el juicio ajeno no tengan un peso específico sobre nosotros. Saltemos de nuestro modo de ser, determinado por la sociedad (donde se nos ofrecen certezas y objetivos ya escogidos), a un modo de existencia donde la única certeza sea la incertidumbre de nuestro actuar, donde los objetivos sean los que nosotros queramos tomar. Formémonos a nosotros mismos, bebiendo de la incertidumbre de nuestra existencia, acariciando todas las posibilidades que ésta nos ofrece para verdaderamente ser *sí mismos*. Rompamos las cadenas de los prejuicios y del *¿qué dirán?*

En este salto, se puede mostrar a los demás cómo la existencia no se vive de un modo determinado, con probabilidades, sino se existe de una manera única y particular, sin uniformidad, con todas las posibilidades que cada uno de nosotros quiera tomar para sí. ¿Cuántos modos de existir hay en el mundo? Sólo hay una respuesta: el número de los modos de existir es igual al número de personas en el mundo. Cada uno de nosotros existe de acuerdo con sus posibilidades de ser, con sus objetivos y con sus deseos. La existencia no se define, no se comparte, simplemente uno se desenvuelve en ella.

EL ERROR EN EL JUEGO DEL EXISTIR

Cuando un ajedrecista hace una jugada equivocada o cuando un jugador de ruleta rusa apuesta a un número que no ha salido, se dice que han cometido un error y puede costarles el juego completo. En un juego las probabilidades de ganar son mínimas en comparación con las probabilidades de caer en un error. Ganamos un juego y perdemos los siguientes diez. Dejamos de jugar hasta darnos cuenta que hemos perdido todo por causa de un error, el cual echó a perder nuestro juego. Sólo se puede jugar una vez y no hay posibilidad de corregir los errores, “pieza tocada, pieza jugada” reza una regla en el ajedrez. Cada juego es diferente, cada

uno lleva sus probabilidades, se pierde ante la más pequeña falla.

Actualmente en nuestra sociedad, si cometemos un error al seleccionar mal la probabilidad, se nos arruina la vida. “Estudia ingeniería o derecho... ¡Pero yo prefiero estudiar filosofía!... Te vas a morir de hambre. Escoge: ingeniería o derecho...” “Has arruinado mi vida, cometí un error al casarme contigo. Toda mi vida fue un error...” Conversaciones como éstas pueden escucharse en las familias de nuestra sociedad. Al cometer un error, aunque sea uno pequeño, arruinas toda tu vida, pues ésta no nos da una segunda oportunidad, y a quienes se la otorga no la aprovechan, en muchos casos.

Tenemos miedo de cometer un error. Queremos hacer todo de la manera correcta. ¿Cómo se llevan los errores en la existencia? Rigiéndonos en la probabilidad del existir, cometer un error es noventa y nueve por ciento más probable que acertar en las decisiones, y los errores se pagan caro. Si nos basamos en la posibilidad de la existencia, la posibilidad de equivocarnos es total, como también es total la posibilidad de acertar. Al elegir una opción, dejamos de lado las demás, renunciamos a ellas. En el campo de la posibilidad, si escogemos algo podemos equivocarnos y, lo más importante, al darnos cuenta de nuestra falla aprendemos de esa experiencia, de esa vivencia. Se nos abren nuevas posibilidades de escoger, así, el porcentaje de acertar y equivocarnos de nuevo es el mismo: cien por ciento. Sólo en la posibilidad, donde se nos da la libertad de elección se da una repetición en el acto de elegir. Nos encontramos ante las mismas posibilidades, el estado de incertidumbre nos agobia de nuevo, como cuando tomamos la primera decisión; pues la repetición nos da las mismas posibilidades de acertar y equivocarnos.

Puede sonar absurdo el afirmar que al cometer un error en nuestra existencia tenemos la misma posibilidad tanto de cometer otro, como de acertar en nuestra decisión. Estamos acostumbrados a no corregir los errores sino a arrastrarlos hasta ver arruinada la vida por esta serie de decisiones. En la existencia, los errores se pueden enmendar pero lo importante es aprender de ellos. Que seguiremos cometiendo errores en el futuro, ¡qué bueno!, seremos más sabios.

Nuestra existencia, con las posibilidades de equivocarnos o acertar, es singular y la más hermosa. El único error irremediable es dejar a alguien más vivir nuestra existencia, esto no se puede enmendar, es imperdonable y seríamos como el peón en el tablero de ajedrez sobre el que se afirma: “este peón ya no puede moverse” (Kierkegaard, 2006: 47).

PARA NO CONCLUIR

De este pequeño trabajo se puede deducir una ley: En el azar, a pesar de estar limitado por la probabilidad, como en la existencia, llena de posibilidades, no se puede deducir una ley.

Las posibilidades de existencia son muchas, no temamos a equivocarnos, pues de los errores se aprende. No dejemos a alguien más vivir por nosotros; existamos de acuerdo con lo que queramos y creamos que es lo mejor para cada uno. Kierkegaard nos diría: “...tú eres como la personificación de todas las posibilidades, y por eso hay que ver en ti tan pronto la posibilidad de tu perdición como la posibilidad de tu salvación” (Kierkegaard, 2007: 24). La decisión más importante de la vida es existir de manera única y esa decisión sólo puede ser tomada por una persona: cada uno de nosotros en su singularidad. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Kierkegaard, Sören (2006), *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I*, Madrid, Trotta.
- _____ (2007), *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida II*, Madrid, Trotta.